6298

EL TEATRO
Y LA
ADMINISTRACIÓN LÍRICO-DRAMÁTICA.

¡LLUEVEN REGALOS!

JUGUETE CÓMICO
EN UN ACTO Y EN PROSA

ORIGINAL DE

PEDRO DE GÓRRIZ
Y
EDUARDO NAVARRO GONZALVO.

MADRID.
DON FLORENCIO FISCOWICH
Y DON EDUARDO HIDALGO, EDITORES.
OFICINAS: Pozas, 2, 2.°, y Cedaceros, 4, 2.° izqda.
1888.

¡LLUEVEN REGALOS!

¡LLUEVEN REGALOS!

JUGUETE CÓMICO

EN UN ACTO Y EN PROSA

ORIGINAL DE

PEDRO DE GÓRRIZ Y EDUARDO NAVARRO GONZALVO

Estrenado con éxito extraordinario en el Teatro de LARA el 18 de Febrero de 1888 á beneficio del primer actor cómico, D. ANTONIO RIQUELME.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.
Atocha, 100, principal.

1888.

PERSONAJES.	ACTORES.
ELOISA	SRTA. RODRIGUEZ.
LA SEÑORA RUPERTA	SRA. DOMINCUEZ.
JULIÁN	SR. RIQUELME.
ENRIQUE	SR. MIRALLES.
PEPE	SR. TOJEDO.

La acción en Madrid.—Época actual.

Derecha é izquierda las del actor.

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traducción.

Los comisionados de las galerías dramáticas EL TEATRO, de *Don Florencio Fiscowich*, y de la ADMINISTRACIÓN LÍRICO-DRAMÁTICA, de *D. Eduardo Hidalgo*, son los exclusivamente encargados de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad en la parte que á cada una corresponde.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Á LAS NIÑAS

ENCARNACIÓN É ISOLINA DE GÓRRIZ.

Poco antes de morir vuestro amantísimo padre, mi inolvidable amigo, Pedro de Górriz, escribimos juntos esta comedia. Á vosotras dedico estas páginas, últimas de nuestra colaboración, para que de este modo vayan unidos siempre en vuestra alma, el tiernísimo recuerdo de vuestro padre, y el testimonio del entrañable afecto que os profesa, el que fué su mejor amigo.

EDUARDO NAVARRO GONZALVO.

Febrero, 1888.

613234

ACTO ÚNICO.

Gabinete elegante. Puerta al foro, laterales en primera caja á ambos costados y en segunda caja de la izquierda. En aegundo término de la derecha, balcón. Los muebles propios de la habitación, y entre ellos, dos mecedoras.

ESCENA PRIMERA.

ELOISA y JULIÁN.

JULIAN. Te repito que no puede ser, y no insistas, porque es inútil.

ELOISA. Pero Julián...

JULIAN. No somos bastante ricos para tales caprichos, hija mía. Eso cuesta caro, y yo estoy sin una peseta. Ya lo sabes.

ELOISA. Hombre... considera que el Jueves Santo está encima...

JULIAN. Bueno, pues pónle debajo.

ELOISA. Pero, esposo mío...

JULIAN. ¡Basta! He dicho que no puede ser, y asunto concluido. Voy á vestirme. (Vase por la primera de la derecha.)

ELOISA. ¡Ah! Los maridos... Á los dos años de matrimonio ya me niega una mantilla de encaje para el Jueves Santo. Y la que trajo ayer Ruperta, mi vendedora de perfumería, es tan magnífica... Si lograse que me la vendiese á plazos, podría pagarla poco á poco sin que Julián se enterase. Ruperta quedó en volver hoy, veré si puedo convencerla.

JULIAN. (Dentro.) ¡Pepe! (Timbre.)

ELOISA. Continúa el mal humor de mi marido... ¡ah! viene. . no quiero encontrarme con él en este momento. (Vase por la primera de la izquierda.)

ESCENA II.

JULIÁN y PEPE.

JULIAN. (Saliendo.) ¡Pepe! ¡Pepe!

PEPE. (Id.) Señorito...

JULIAN. ¡Chist! Habla bajo.

PEPE. ¿Quién está enfermo?

JULIAN. Nadie. Dime... al barrer el despacho, no has visto una sortija?

PEPE. ¿En la mesa? ¿Una sortija?

JULIAN. ¡Te he dicho que no grites! Sí, en la mesa... ó por allí.

PEPE. No, señor, no he visto nada.

JULIAN. (¿Dónde la pondría yo?...)

PEPE. ¡Ah! Vamos... ¿es esa sortija que usted saca del bolsillo por las mañanas y se la pone al salir, y cuando vuelve á casa, se la quita?

JULIAN. ¿Quién te ha dicho eso?

PEPE. Lo he reparado yo muchas veces.

JULIAN. ¿Sí, eh? (¡Habrá tunante!)

PEPE. Pero no tenga usted cuidado. Voy á buscarla, y si la encuentro, se la entregaré á la señorita.

JULIAN. ¡No, bárbaro! Á mí.

PEPE. ¿Á usted?... ¡Ya!

JULIAN. Á mí solo... ¡cuidado!

PEPE. Ya... ya entiendo... (Vase riendo.)

ESCENA III.

JULIÁN.

Héme aquí á merced de mi criado... yo .. un hombre sério... abogado y... ¡Esto es una vergüenza!... Nadie sabe á dónde pueden conducirle unos zapatos de charol, no cuando los calza, sino cuando los persigue... Los míos, es decir, los de *ella*, me condujeron al Circo de Price, y encerraban los piés de amazona más bonitos que han pisado la pista de un circo ecuestre. Con tal que Rosalvina no averigüe que soy casado, ya que mi domicilio es éste, y no la fonda de Oriente, donde me guardan sus cartas, todo irá bien. La chica es tan hermosa como desinteresada. Jamás tiene une exigencia... Verdad es que yo la doy cuanto necesita... pero ella también es generosa conmigo... Hace poco me regaló una sortija, y yo me paso la vida poniéndomela para que ella la vea, y quitandomela para que no la vea mi mujer. Ayer me ha regalado este alfiler de corbata... (Saca un estuche con un alfiler.) y quiere que me lo ponga; pero, ¿cómo? Si le digo á mi mujer que lo he comprado, no me creerá... sabe què no acostumbro... ¡Ah! ¡Buena idea! Eso es: Casimiro es buen amigo, y no me negará este favor. Vive á dos pasos... iré... ¡Pepe! ¡Pepe!

ESCENA IV.

DICHO y PEPE.

PEPE. Señorito...

JULIAN. Mi sombrero.

PEPE. ¡Si lo tiene usted puesto!

JULIAN. Es verdad. Adios.

PEPE. ¿Almorzará usted en casa?

JULIAN. Haré lo que me dé la gana. No te importa. (Vase por el foro.)

ESCENA V.

PEPE, luego la SEÑORA RUPERTA.

PEPE. Se me figura que el señorito trae algún lío... Eso del anillo de quita y pon... me escama á mí mucho. (Campanilla.) ¿Volverá el amo?... ¡Calle! Es la vendedora que estuvo aquí ayer tarde.

RUP. (Con varias cajas de cartón, y una de ellas grande.) Buenos días. ¿Está la señorita?

PEPE. En sus habitaciones. ¿Quería usted verla?

RUP. Sí... me espera.

PEPE. Entonces, haré que la chica la avise. Aguarde usted un momento. (Vase.)

ESCENA VI.

RUPERTA.

RUP. (Sentándose.) Pues señor... los tiempos están muy malos, y hay que tener pocos escrúpulos para pescar algún negocio. Don Enrique, un gomoso que persigue á esta señora, desde que supo que es mi parroquiana, no me deja en paz. Yo á todas sus preguntas no contesto más que embustes, y ni le he dicho que es casada, ni su verdadero nombre, ni cosa parecida; Dios me libre de meterme en líos! Pero ayer, al salir de aquí, le encontré en la calle, le dije que habia venido á vender una mantilla de encaje que esta señora desea mucho; pero que no nos habíamos ajustado. Entonces me preguntó el precio, pagó lo que quise, y me encargó que la entregase como regalo suyo á la señora... ¡Cualquier día hago yo eso!... Me guardaré bien... Además, ella no lo había de admitir, conque lo mejor será vendérsela... barata, eso sí... á plazos... como quiera... Yo hago mi

negocio, no se entera nadie, y el primo... primo se queda. ¡Jesús, y lo que hay que cavilar para ganarse un duro honradamente!

ESCENA VII.

DICHA y PEPE.

PEPE. La señorita viene enseguida.

RUP. (Levantándose.) Bueno. ¡Ah! Oiga usted, joven... ¿necesita usted alguna cosita de...

PEPE. Ninguna.

RUP. Tengo unos tabaquitos habanos de contrabando... Se los daré baratos. ¿No fuma usted?

PEPE. Sí señora; pero fumo de los del amo, que me salen aún más baratos. (Vase.)

RUP. ¡Ay, como está el servicio! ¡Es una atrocidad!

ESCENA VIII.

RUPERTA y ELOISA.

ELOISA. ¡Hola! ¿Vuelve usted otra vez con la mantilla?

RUP. Como que usted hace de mí lo que quiere. Tome usted. (Le da la caja grande.) Se la dejaré como ayer me ofreció... por vender...

ELOISA. ¿De veras? ¿Á plazos?

RUP. Lo que pueda usted darme por semana.

ELOISA. Es que... no quiero que mi marido se entere.

RUP. Ni hace falta.

ELOISA. En ese caso, la compro.

RUP. ¡Ay, señorita! Están los tiempos, que no sabe usted lo que le cuesta á una ganarse un duro honradamente.

ELOISA. Pues mire usted... á fin de que mi esposo no sospeche, es preciso que usted me ayude á fingir que esta mantilla es un regalo.

RUP. (No lo sabes tú bien.) Corriente.

ELOISA. Le haremos creer que me la envía mi padrino.. Espere

usted, aquí debe de haber tarjetas suyas... (Buscando en la canastilla.) Sí... esta es... Romualdo Contreras... Tome usted, y envíeme la caja con la tarjeta dentro de un rato.

RUP. Bueno; pronto estará aquí.

ELOISA. Y sobre todo, que nadie se entere...

RUP. ¡Ah! ¡Por supuesto! En nuestro oficio, la reserva es lo primero. Abur, señorita.

ELOISA. Que no olvide usted...

RUP. No hay cuidado. (Vamos... hoy no se ha perdido el día.) (Vase por la segunda de la derecha.)

ESCENA IX.

ELOISA, luego JULIÁN.

ELOISA. Al fin, pese á mi marido, he podido satisfacer mi antojo.

JULIÁN. (Entrando por el foro.) (Cosa arreglada. Casimiro me lo enviará...)

ELOISA. ¡Calle! ¿Habías salido, Julián?

JULIÁN. Sí... (Contrariado.)

ELOISA. ¿Y á dónde?

JULIÁN. Á... á leer los carteles de la anunciadora de ahí cerca.

ELOISA. ¿Vas á llevarme al teatro?

JULIÁN. Sí... el mes que viene... (Campanilla.)

ELOISA y JULIÁN ¡Han llamado! (Muy alegres.)

JULIÁN. (Contenéndose.) Tú crees que...

ELOISA. ¡Vaya! ¿No lo has oído?

JULIÁN. Pues ¿qué hace ese Pepe que no abre?

ELOISA. ¡Pepe! ¡Pepe!

JULIÁN. ¡Pepeeee!

PEPE. (Dentro.) ¡Allá voy!

ELOISA. ¡Qué calma tiene!

JULIÁN. ¡Es atroz!

PEPE. (Entra por el foro trayendo en la mano un pequeño estuche.) Era la criada del señorito Casimiro.

ELOISA. ¡Ah! (Descontenta.)

JULIAN. (Fingiendo sorpresa.) ¡Diablo! ¿Y qué quería?

PEPE. Me ha entregado esto para usted.

JULIAN. ¿Para mí?

PEPE. Sí, señor. (Vase Pepe.)

ELOISA. ¿Qué es ello?

JULIAN. No sé una palabra.

ELOISA. Abre el estuche.

JULIAN. Voy. (Le abre.)

ELOISA. (Sacando el alfiler.) Es un alfiler de corbata. ¡Bonito camafeo!

JULIAN. Pero ¿qué significará?...

ELOISA. ¿Tú no sabes?

JULIAN. Ni me ocurre por qué me manda esto Casimiro.

ELOISA. Aguarda... aquí en el estuche hay un papel.

JULIAN. Dame; veremos...

ELOISA. No; quiero yo leerlo.

JULIAN. No seas indiscreta... dame...

ELOISA. Quiero yo saber...

JULIAN. Haz lo que gustes. (Cayó en el lazo.)

ELOISA. (Leyendo.) «Querido Julián. Como tú afirmabas, no es un camafeo antiguo, sino una imitación moderna, aunque excelente. Ya que he perdido la apuesta, te remito el alfiler, y celebraré lo disfrutes muchos años. Tuyo afectísimo, Casimiro.»

JULIAN. ¡Ah! ¡Vamos!... ¡já, já, já!

ELOISA. No comprendo...

JULIAN. Ni siquiera me acordaba... El otro día en el café sostenía Casimiro que este era un camafeo antiquísimo. Yo afirmé que era una alhaja moderna, y apostamos el alfiler contra mi escopeta belga. Se ha convencido de mi razón, y me lo manda.

ELOISA. Claro... si perdió la apuesta...

JULIAN. No sé si aceptar...

ELOISA. Tú verás...

JULIAN. Yo se lo devolvería, pero temo que se ofenda... es tan susceptible...

ELOISA. Entonces, quédate con él. (Campanilla.)

JULIAN. (Sorprendido.) ¿Llaman otra vez?

ELOISA. (Alegre.) Sí... ya lo oyes... ¡Pepe, que llaman!

JULIAN. Ten calma, mujer.

PEPE. (Con una caja grande de cartón.) Han traído esta caja para la señorita.

ELOISA. (¡Al fin!) ¿Para mí?

JULIAN. ¿Qué es ello?

ELOISA. No sé; sin duda una equivocación; yo no he encargado nada...

PEPE. Pues aquí viene escrito: «Señora doña Eloisa Salcedo...»

JULIAN. (Cogiendo la caja.) Veamos... (Vase Pepe.)

ELOISA. Julián... debe ser un error...

JULIAN. (Abriendo la caja.) ¡Una mantilla de encaje!... (La saca.)

ELOISA. ¡Y magnífica!

JULIAN. Mucho... Pero, chica, esto debe costar un dineral...

ELOISA. Eso... tú lo sabrás.

JULIAN. ¿Yo?

ELOISA. Hazte el desentendido... ¡tonto!

JULIAN. ¡Cómo tonto!

ELOISA. ¿Crees que me engañas? ¿Quién si no tú puede hacerme este regalo? Sabiendo lo que yo la deseaba, aparentaste negármela, para que te lo agradeciera más... ¡Gracias, Julián, gracias!

JULIAN. ¡Qué gracias! Te aseguro que te engañas, y que yo...

ELOISA. ¡Calle! Aquí hay una tarjeta...

JULIAN. (Quitándosela.) ¡Tráigala usted, señora!

ELOISA. ¡Julián!

JULIAN. (Leyendo.) «Romualdo Contreras, Magdalena, setenta, principal.»

ELOISA. ¡Mi padrino!

JULIAN. Es verdad... ¡qué cosa más rara!... Un hombre tan tacaño...

ELOISA. Sí que lo es...

JULIAN. ¡Y hacerte un regalo tan espléndido!...

ELOISA. ¡Tan magnífico!

JULIAN. Pero, ¿con qué motivo?...

ELOISA. ¡Ah! Ya recuerdo... Cuando estuve á verle el otro dia, le dije que tú no querías comprarme una mantilla para el Jueves Santo. Se echó á reir, y me dijo: «anda, que no te faltará mantilla, mujer, no te apures...« y ya ves si es bueno, que me la envía.

JULIAN. Mañana iré á darle las gracias.

ELOISA. (Vivamente.) No, eso me toca á mí, yo iré luego... (Se pone la mantilla.)

JULIAN. Como quieras.

ELOISA. Mira, ¿qué tal? ¿Me sienta bien? ¿Cómo está?

JULIAN. ¡Admirable! ¿Y mi alfiler? (Se lo pone.)

ELOISA. Precioso.

JULIAN. Hoy es el día de los regalos.

ELOISA. Verdad. Á cada uno el suyo.

JULIAN. (¡Se la dí! ¡Qué talento tengo!)

ELOISA. (¡Nada sospecha! ¡Qué lista soy!)

JULIAN. ¿Pero vas á salir?

ELOISA. Si, un momento, quiero darle las gracias á mi padrino ahora mismo, y como vive cerca... (Así le prevendré, por si Julián va á verle.)

JULIAN. Bueno, pues no tardes.

ELOISA. Vuelvo ahora mismo. (Vase por el foro.)

ESCENA X.

JULIÁN, después PEPE.

JULIAN. ¡Gran diplomático hubiera yo hecho! Luego dicen que las mujeres son listas... ¡qué han de ser! La mía no ve más allá de sus narices. Ya puedo ostentar tranquilamente mi camafeo. Y á propósito... voy al Circo para que lo vea Rosalvina. Estará ensayando aun... ¡Pepe!

PEPE. Señorito.

JULIAN. Mi gabán.

PEPE. Aquí está. (Dándosele.)

JULIAN. ¿Lo has cepillado?

PEPE. ¡Vaya!... Lo menos hace ocho días.

JULIAN. ¿Sí? Pues repite la operación.

PEPE. (¡Aquí es preciso estar siempre cepillando!) (Lo hace.) ¿Quiere usted el paraguas?

JULIAN. ¿Para qué, si no llueve?

PEPE. Por eso no lo he traído, lo preguntaba sencillamente.

JULIAN. Eres un animal, sencillamente.

PEPE. ¿Vendrá usted á comer?

JULIAN. ¿Tienes tú apetito, eh?

PEPE. Sí, señor, mucho.

JULIAN. Pues manda traer un ajenjo.

PEPE. ¿Para qué el ajenjo?

JULIAN. Para mí. Abur. (Vase por el foro.)

PEPE. ¡Qué gracioso está el señorito! No, pues aquí pasa algo... los regalitos de hoy... la sortija de quita y pon... Procuraré enterarme. (Campanilla.) Veamos quién llama... Creo que salió la criada... (Vase.)

ESCENA XI.

ELOISA, después ENRIQUE.

ELOISA. ¡No he visto audacia semejante! ¡Jesús qué hombre! ¡Vaya una tenacidad! Me encuentra en la calle, se queda mirándome con fijeza, y luego comienza á seguirme con una obstinación, que ni el espía de *Los Maggyares*. Apuesto á que está todavía en la calle. (Se asoma al balcón.) No, afortunadamente, no le veo. ¡Vaya un tipo!... Lanzándome sonrisitas de inteligencia... y guiños...

ENRIQUE. (Ha entrado por el foro, y al volverse Eloisa, la saluda.) Á los piés de usted, señora.

ELOISA. ¡Jesús! ¿Usted aquí? ¡No he visto audacia semejante!

ENRIQUE. Señora... yo...

ELOISA. ¿Qué busca usted aquí? ¡Yo no sé quién es, no le conozco, no le he visto en mi vida!

ENRIQUE. No es culpa mía, señora; yo bien procuro hacerme visible, siguiéndola á usted á todas partes.

ELOISA. ¿Á mí? ¿Con qué objeto?

ENRIQUE. Con el... de... ya puede usted suponer... (¡Diablo!... esta mujer no me ayuda... yo esperaba...)

ELOISA. Concluyamos. ¿Quién es usted?

ENRIQUE. ¿Yo?... Cuatro mil duros de renta, veintisiete años de edad...

ELOISA. ¿Qué más?

ENRIQUE. ¿No le parece á usted bastante?

ELOISA. Ni me importa.

ENRIQUE. Me llamo Enrique Castañeda, soy murciano...

ELOISA. ¿Qué más? (Impaciente.)

ENRIQUE. ¿Qué más?... ¿Sabe usted que es preciosa esa mantilla?

ELOISA. Celebro que le guste á usted. (Se la quita y la pone sobre una silla.)

ENRIQUE. Y yo me alegro en el alma de que á usted le haya agradado. (¡Esto va á animándose!)

ELOISA. ¿Sabe usted, señor mío, que es una conversación muy singular la que tenemos?

ENRIQUE. ¿Y de qué hemos de hablar, mejor que de esa bagatela que...

ELOISA. Basta. Como no tengo humor ni tiempo para escuchar tonterías, me retiro. Aquella es la puerta.

ENRIQUE. Ya lo sé, señora, pero...

ELOISA. Beso á usted la mano. (Vase por la izquierda.)

ESCENA XII.

ENRIQUE, luego JULIÁN.

ENRIQUE. ¡Y me deja con la palabra en la boca!... Sin ser presumido, yo creí merecer mejor acogida... Después de todo, ella ha aceptado el regalo de la mantilla, y al menos, podía haberme dado las gracias... ¡Oh! Pues yo

no desisto... la muchacha es bonita, y puesto que admite obsequios, ya humanizará esos aires de reina ofendida. ¡No faltaba más!

JULIAN. (¡Esos malditos ensayos no se acaban nunca!)

ENRIQUE. (¿Quién será éste?)

JULIAN. (¿Un caballero aquí?) (Se saludan mútuamente.)

ENRIQUE. (Ya comprendo... será algún protector... pero bien podía ella haberme dicho que le esperaba...)

JULIAN. (¿Será un nuevo cliente?) Caballero...

ENRIQUE. Caballero...

JULIAN. Tome usted asiento.

ENRIQUE. (Me hace los honores... la da de amo.)

JULIAN. Sin cumplido...

ENRIQUE. Gracias. (Se sientan en las mecedoras. Pausa breve, durante la cual, se balancean los dos en silencio.)

JULIAN. Usted vendrá sin duda...

ENRIQUE. No, señor... con algunas dudas he venido...

JULIAN. Pues yo se las aclararé enseguida.

ENRIQUE. ¡Hola! ¿Usted está en autos?...

JULIAN. Ya vé usted... ese es mi oficio.

ENRIQUE. ¿De veras? ¡Hombre! (Asombrado.)

JULIAN. ¿El asunto que le trae á usted es de interés?

ENRIQUE. Para mí, de muchísimo. (¡Calle! ¿qué estoy viendo?) (Mirando á Julián.)

JULIAN. Pues nada, yo me encargo de su asunto de usted y lo ganaremos.

ENRIQUE. ¿Formalmente?

JULIAN. ¡Ya lo creo! (¿Qué diablos mira?)

ENRIQUE. Gracias... Hombre... ¡qué cosa mas particular!

JULIAN. ¿Que es lo particular?

ENRIQUE. Ese camafeo que lleva usted en la corbata... Es muy lindo...

JULIAN. ¿De veras?

ENRIQUE. Ya lo creo... (¡Es el mío!) Habrá costado muy caro, ¿eh?

JULIAN. No, señor...

ENRIQUE. ¡Ah! Ya adivino... un regalito.

JULIAN. ¡Caballero!... Me parece..

ENRIQUE. ¿Sería indiscreto preguntar á usted quién es la persona que se lo ha regalado?

JULIAN. ¡Ya lo creo que sería indiscreto! ¡Muchísimo! Pues no faltaba más... (Se levantan.)

ENRIQUE. No se incomode usted. (Es mi alfiler que dejé olvidado en casa de Rosalvina... ¡No me cabe duda!)

JULIAN. (¡Vaya un ente entrometido!) Ahora, á mi vez, permitirá usted que yo le interrogue...

ENRIQUE. No, eso no; usted debe contestar primero.

JULIAN. Ha de ser usted.

ENRIQUE. ¡Bah! Á pesar de su reserva, conozco perfectamente á la persona que le ha regalado á usted ese camafeo.

JULIAN. ¿Que la conoce usted?

ENRIQUE. Muchísimo; ahora mismo voy á su casa y sabré ..

JULIAN. (Alarmado.) ¿Á casa de quién?

ENRIQUE. ¡Oh! Ya sabe usted de quién se trata. Veremos lo que ella dice...

JULIAN. ¡Ella! (¿Conocerá á Rosalvina?)

ENRIQUE. Vuelvo enseguida.

JULIAN. Pero oiga usted, hombre...

ENRIQUE. Nada; repito que vuelvo en un brinco. (Vase corriendo por el foro.)

ESCENA XIII.

JULIÁN, luego ELOISA.

JULIAN. Pero, señor, ¿quién es este hombre y qué relación puede haber entre él, y mi alfiler de corbata? Y el caso es que su cara... yo recuerdo haberla visto en alguna parte, pero no puedo decir...

ELOISA. (Saliendo.) (Al fin se fué ese títere. Desde mi balcón le he visto meterse en un coche.)

JULIAN. (¿Dónde he encontrado yo esa cara, señor? ¿Ha sido en la Sanluqueña, en el Congreso ó pintada en una pandereta? De todos modos, ¿qué diablos venía á hacer aquí?

ELOISA. ¡Hola, Julián!

JULIAN. ¡Ah! Ya estás de vuelta...

ELOISA. Sí... he dado las gracias á mi padrino, y le he enseñado lo bien que sienta su mantilla.

JULIAN. Lo celebro mucho.

ELOISA. Pero oye... ¿tenías visita?

JULIAN. ¿Yo? No... ¿por qué lo dices?

ELOISA. Porque me pareció oir hablar...

JULIAN. (¡Diablo! ¿Habrá escuchado?) ¡Ah! si... ha estado aquí un caballero... pero no de visita... un nuevo cliente...

ELOISA. Y ¿quién es?

JULIAN. No lo sé. Hoy le he visto por primera vez...

ELOISA. (Se ha fingido un cliente... Es osadía...) Y... ¿qué asunto le ha traído á verte?

JULIAN. Lios, hija, líos... (¡y gordos!) Un embrollo de testamentaría...

ELOISA. Difícil.

JULIAN. Mucho... Figúrate... un padre... que no tuvo hijos...

ELOISA. Pues ¿cómo era padre?

JULIAN. Porque... tenía hijas. Eso es.

ELOISA. ¡Ya!

JULIAN. Y ahora, todo depende, al parecer, del extravío de una hijuela.

ELOISA. ¿Una hija pequeñita?

JULIAN. No, mujer... una hijuela es... Pero tú no entiendes de esto... Hay además otra complicación por un quinto...

ELOISA. Por un recluta?

JULIAN. ¡No, hija mía! Una mejora en tercio y quinto.

ELOISA. De modo que el negocio no es claro.

JULIAN. No, pero es caro y vale más. Aún no he podido formar opinión... Se le olvidaron varios documentos y ha ido por ellos.

ELOISA. ¡Ah! ¿vá á volver?

JULIAN. Enseguida. (Campanilla.) Ahí debe estar.

ELOISA. Pues no quiero estorbarte. Adios.

JULIAN. Hasta luego, monina. (Vase ella.)

ESCENA XIV.

JULIÁN y ENRIQUE.

ENRIQUE. (Entrando.) No dirá usted que he tardado.
JULIAN. No, señor; todo lo contrario.
ENRIQUE. (Sentándose.) ¡Uf, qué cansado estoy!
JULIAN. ¡Bien, hombre... así... con franqueza.
ENRIQUE. Ya lo sé todo.
JULIAN. ¿Sí, eh? Deme usted parte.
ENRIQUE. Á eso voy. Usted no tiene la culpa. Ella es así...
JULIAN. ¿Cómo es ella? (Acercándose.)
ENRIQUE. Asi... ¡Bribón! (Dándole en el vientre.)
JULIAN. (Retrocediendo.) ¡Señor mío!
ENRIQUE. ¿Conque éramos dos?
JULIAN. ¿Dos bribones?
ENRIQUE. No se haga usted el simple. ¡Si le digo que lo sé todo, y le perdono!
JULIAN. ¿Á mí? Gracias; ¿pero de qué?
ENRIQUE. ¡Y dale! Ya sé que vive usted en la fonda de Oriente, y que frecuenta la calle del Mediodía, número ocho...
JULIAN. ¡Bajo!
ENRIQUE. No, señor, tercero.
JULIAN. ¡Qué hable usted bajo, por Dios!
ENRIQUE. Como usted quiera. Vengo de ver á Rosalvina, y acabamos de romper para siempre.
JULIAN. ¡Ah!... Era usted el...
ENRIQUE. El numero dos; pero se ha concluído. Cedo á usted...
JULIAN. ¿Á mí?
ENRIQUE. Primero el camafeo que allí me dejé olvidado...
JULIAN. (Queriendo quitárselo.) ¡Cómo! ¿Era de usted?
ENRIQUE. No se lo quite usted... está muy bien colocado ahí... La chica me dijo que se le habia perdido; pero al decirle que yo lo había encontrado puesto en cierta corbata, se echó á reir, y me lo ha confesado todo.
JULIAN. ¡Ah!

ENRIQUE. Eso dije yo. ¡Ah! y no pienso volver á verla. Le cedo á ustéd la plaza; conque váyase usted...

JULIAN. ¿Qué me vaya?

ENRIQUE. Es claro... á tranquilizarla, á hacerla unos mimitos... ¡Tunantón! (Sale Eloisa.)

JULIAN. (¡Cielos, mi mujer! ¡Silencio, por Dios!)

ENRIQUE. (Descuide usted y preséntеme.)

JULIAN. (¡Qué le presente!)

ESCENA XV.

DICHOS y ELOISA.

ELOISA. (¡Ya está otra vez aquí!)

ENRIQUE. (Saludando á Eloisa.) Señora... (¡Vamos, hombre!)

JULIAN. (Voy, voy... ¡Ay si éste habla!)

ELOISA. ¿Es amigo tuyo este caballero?

JULIAN. ¿Mío?

ENRIQUE. ¡Ya lo creo! Muchísimo. Comíamos juntos en la fonda de...

JULIAN. (¡Chist!) Sí... en la fonda de Miranda... en la estación... cuando yo viajaba...

ELOISA. ¡Ah! (Á mi marido le pasa algo.)

ENRIQUE. Eso es. Pero oye, chico, con franqueza, por mí no te incomodes, y ya que te aguardan, vete.

JULIAN. (¡Y me tutea!)

EDOISA. ¿Tienes que salir?

JULIAN. Yo. . no...

ENRIQUE. ¡Si, hombre! ¿Y el asunto de la calle del Mediodía?...

ELOISA. ¿Del Mediodía?

ENRIQUE. Grande.

JULIAN. ¡Chica!

ELOISA. ¿Eh?

JULIAN. Nada .. ¡chica... no hagas caso!

ENRIQUE. (Mucha franqueza gastan.) Pues sí, el negocio es urgente...

ELOISA. ¿Te esperan?

JULIAN. Sí... es decir, nos esperan. Tenemos que ir juntos. (No vaya éste á contar...)

ENRIQUE. (¡Ah, pillo!) Bueno, vamos. (Le doy esquinazo y vuelvo.)

JULIAN. Andando. (Le dejo y regreso aquí.)

ENRIQUE. Señora... tengo el honor...

JULIAN. Hasta luego, hija mía. (Pronto vuelvo.)

ENRIQUE. (Por el otro lado.) (Vuelvo en seguida.) (Vánse por el foro.)

ELOISA. ¿Eh? (¿Qué significa?... No entiendo una palabra.)

ESCENA XVI.

ELOISA, después ENRIQUE.

ELOISA. Los modales y las sonrisas de ese caballero me extrañan de un modo... Y no sé qué pensar tampoco de la conducta de mi marido... Resultar ahora amigo íntimo de mi tenaz perseguidor... Tendré que aclarar este misterio, y en cuanto vuelva... (Entra Enrique por el foro corriendo, y enjugándose el sudor, se deja caer en una mecedora.) ¡Cómo! ¿Usted otra vez?

ENRIQUE. En persona. ¡Qué carrera! Vengo reventado. (Se balancea.)

ELOISA. ¡Me gusta la franqueza!

ENRIQUE. ¡Y á mí! Yo siempre he sido muy franco.

ELOISA. Lo veo.

ENRIQUE. Por eso la digo, francamente, que cada vez me gusta usted más.

ELOISA. ¡Caballero!

ENRIQUE. ¿No esperaba usted verme tan pronto, eh?

ELOISA. Y menos usando tanta confianza con Julián.

ENRIQUE. (¿Julián? Rosalvina me dijo otro nombre... ¡Ah! vamos, tiene uno en cada casa. ¡Ah, bandido!)

ELOISA. Caballero... permita usted que le diga que sus maneras... sus miradas, y su tono al hablar conmigo, me chocan muchísimo.

ENRIQUE. (Sonriendo.) ¿De veras?

ELOISA. Sí, señor... me parece que trata usted da tomarse libertades á que no estoy acostumbrada, y que no creo conveniente tolerar.

ENRIQUE. (¡Jé, jé!) (Se da tono.) Hija, yo...

ELOISA. ¿Sabe usted con quién habla?

ENRIQUE. (Levantándose.) Con una mujer encantadora, á la que amo... (Acercándose.)

ELOISA. (Separándose.) ¡Señor mio!

ENRIQUE. No hay que indignarse. ¡Si todo está ya arreglado.

ELOISA. ¿Cómo?

ENRIQUE. Es cosa convenida entre los dos.

ELOISA. ¿Qué dos?

ENRIQUE. Él y yo.

ELOISA. ¿Pero qué está usted diciendo?

ENRIQUE. Que prescinda usted de Julián como si se hubiera muerto.

ELOISA. ¿Eh?

ENRIQUE. Yo he arreglado el asunto con él, y ya es usted libre?

ELOISA. ¿Está usted loco.

ENRIQOE. Sí... cualquiera lo está al ver esos ojos... y ese talle... y esa mano... (La coge la mano y quiere besársela, á tiempo que aparece en el foro Julián.)

ESCENA XVII.

DICHOS y JULIÁN.

JULIAN. (Separándolos.) ¡Eh! ¿qué es esto?

ENRIQUE. ¡Importuno! (Bajo á él.)

JULIAN. ¿Conque importuno, eh? ¿Qué hacía usted aquí?

ELOISA. (Ahora sabré...)

ENRIQUE. (¿Y nuestro convenio?)

JULIAN. ¿Qué convenio? Aquí no sirve ni el de Vergara. Usted quería tomarse libertades con esta señora...

ENRIQUE. Bueno; ¿y á tí, qué te importa?

JULIAN. ¡Friolera! Ya hablaremos fuera de aquí. ¡Salgamos!

ELOISA. ¡Julián!

ENRIQUE. Sal tú si quieres; yo estoy bien. ¡Pues no faltaba má s sino que me echases de todas las casas donde hay mujeres bonitas!

ELOISA. ¿Eh? ¿Qué quiere usted decir?

JULIAN. (Vivamente.) ¡Nada... nada!...

ENRIQUE. No puedes quejarte, puesto que te he cedido la otra.

ELOISA. ¡La otra!

ENRIQUE. Sí; la amazona...

ELOISA. ¿Cómo?

JULIAN. No hagas caso... (¡Asesino!)

ENRIQUE. Te he dejado el alfiler...

ELOISA. ¿Qué alfiler?

ENRIQUE. El mío, el que lleva puesto.

ELOISA. ¿De usted?

ENRIQUE. Sí, lo olvidé en casa de esa chica que se lo ha regalado.

JULIAN. (¡Cataplúm!)

ELOISA. ¡Cómo! ¿No me dijiste que lo habías ganado en una apuesta á tu amigo Casimiro?

JULIAN. Y lo sostengo.

ENRIQUE. Eso no es verdad.

JULIAN. ¿Que yo miento? ¡Salgamos!

ENRIQUE. Pero hombre...

JULIAN. Pronto... ahora mismo...

ELOISA. ¿Conque me has engañado?

JULIAN. ¡Nunca!

ELOISA. Entonces, ¿dirás la verdad?

JULIAN. ¡Nunca!... digo... es decir... me equivoco...

ELOISA. ¡Ah, infame!

ENRIQUE. Ahora que ya sabe usted sus faltas, yo espero... (Muy galante.)

JULIAN. (Metiéndose en medio.) ¿Qué? Vamos á ver.

ENRIQUE. ¡Quita, hombre; no hablo contigo!

JULIAN. ¡Ni yo permito que hables con mi mujer!

ENRIQUE. ¿Tu mujer? ¡Vaya, vaya, vete á paseo!

JULIAN. ¡Cómo á paseo!

ELOISA. Me has engañado... Eres un bribón, y me voy con mi madre.

JULIAN. Pero Eloisa...

ELOISA. Mis guantes... mi mantilla...

ENRIQUE. (Tomándola y presentándosela) Aquí está, bella Eloisa. Permita usted que se la ofrezca por segunda vez.

ELOISA. ¿Qué?

JULIAN. ¿Cómo?

ENRIQUE. Es claro; puesto que yo fuí quien se la envió...

JULIAN. ¡Diablo! ¿La mantilla que te regalaba tu padrino?

ENRIQUE. ¿Qué padrino? Yo, y nadie más.

JULIAN. ¡Señora! ¡Señora! Explique usted ..

ELOISA. Pues bien; lo de mi padrino fué una invención...

JULIAN. ¡Ya, ya lo veo!

ELOISA. Para ocultarte que yo había comprado esa mantilla...

ENRIQUE. ¿Comprado? (Sonriendo.)

ELOISA. Á condición de pagarla á plazos semanales.

ENRIQUE. ¿Eh? ¿Cómo?

ELOISA. Así me la vendió Ruperta, la que me trae á casa artículos de perfumería.

ENRIQUE. Pero si la misma Ruperta á quien yo se la he pagado, me aseguró que usted la aceptaba como un obsequio mío!

ELOISA. ¿Yo? ¡qué infamia!

JULIAN. ¡Es preciso aclarar esto, señora!

ELOISA. ¡Vaya si se aclarará!

ENRIQUE. Por eso yo, cuando ví á usted en la calle con la mantilla puesta, creyendo que admitía mi regalo...

JULIAN. Viniste á mi casa tras de mi mujer. ¡Tunante!

ELOISA. Espera... ¡Pepe! ¡Pepe!

JULIAN. ¡Le voy á pegar fuego á la manzana que ha sido la mantilla de la discordia, digo, le voy á pegar fuego á la discordia, que ha sido la mantilla de la manzana; digo, le voy á pegar fuego...

ENRIQUE. ¡Alto el fuego, hombre! (¡Debe ser su mujer, de fijo!)

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS y PEPE, después la SEÑORA RUPERTA.

PEPE. ¿Llamaba la señorita?

ELOISA. Sí; vas á ir á casa de Ruperta...

PEPE. ¿La vendedora? Está ahí. Ha venido á preguntar si se ha dejado un paquete...

ELOISA. ¡Ah! Pues que pase. (Vase Pepe.)

ENRIQUE. Sí; que pase.

JULIAN. (Ahora veremos...)

RUP. (Entrando con Pepe) Santas y buenas...

ELOISA. ¡Venga usted acá, Ruperta!

ENRIQUE ¡Ruperta, venga usted acá!

ELOISA. ¿No me ha vendido usted á plazos esta mantilla?...

ENRIQUE. ¿No la pagué yo al contado?...

ELOISA. ¿A condición de que mi esposo no lo supiera?

ENRIQUE. ¿A condición de regalarla en mí nombre á ésta señora?

JULIAN. ¡Pero hable usted con cien mil demonios!

RUP. ¡Si no me dejan, señorito! (¡Me cá!)

ELOISA. Vamos...

RUP. Pues bien... es verdad. El señor me la compró, para lo que ha dicho.

ENRIQUE. ¿Lo ven ustedes?

ELOISA. ¿Y usted me lo dijo?

RUP. No me hubiese atrevido á tal cosa, y creí que era lo mejor vendérsela barata y á plazos, porque así no se ofendería...

ELOISA. Y usted la cobraría dos veces.

RUP. ¡Ay señora! No sabe usted lo que una tiene que cavilar para ganarse un duro honradamente.

ENRIQUE. ¡Honradamente!

JULIAN. ¿De modo que mi mujer nada supo?

RUP. ¡Cá! Buena soy yo para meterme en líos... Tampoco el señor sabía que era casada.

ENRIQUE. Y usted ¿por qué no me lo dijo?

RUP. Porque perdía el parroquíano y ¡no sabe usted como están los tiempos!...

JULIAN. Lo que yo sé es que no vuelve usted á poner los piés aquí. Y usted... amigo...

ENRIQUE. Es justo... (¡Valiente plancha!) Señora, perdóneme usted y...

ELOISA. Un momento. Olvida usted su mantilla. (Dándosela.)

ENRIQUE. ¡Ah! Bien. (Á Pepe.) Muchacho, toma, para tu novia. (Váse.)

PEPE. Gracias, señorito; pero el caso es que no tengo novia.

RUP. (Bajo.) Si la dás barata, yo te la compro.

PEPE. Bueno; hablaremos.

RUP. (Si una puede ganarse un duro honradamente...)

PEPE. (Oiga usted, señorito; he encontrado la sortija.)

JULIAN. (¡Para tí, te la regalo!)

PEPE. Gracias. (Hoy llueven regalos.)

ELOISA. ¿Qué decias, Julián?

JULIAN. Que yo te compraré otra mantilla.

ELOISA. ¡Ay! ¿De veras? ¡Qué bueno eres!

JULIAN. ¿Y luego dudarás de mí?...

ELOISA. No; pero... ese maldito alfiler...

JULIAN. ¿Te molesta? Se lo devolveré á la ama...

ELOISA. ¿Ala?

JULIAN. Al... a... ma de gobierno de Casimiro para que se lo entregue.

ELOISA. ¿Y no aceptarás más regalos de tus amigos?

JULIAN. Ni tú de tu padrino ¿eh?

ELOISA. Descuida. Pero de estos señores...

JULIAN. ¿Lo esperas? ¡No fuera malo!

ELOISA. Si soy tan afortunada
que nos dén una palmada,
será mi mejor regalo.

FÍN.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

Librerías de los *Sres. Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, 9; de *D. Fernando Fé*, Carrera de San Jerónimo, 2; de *D. Antonio de San Martín*, Puerta del Sol, 6; de *D. M. Murillo*, calle de Alcalá. 7; de *D. Manuel Rosado*, Esparteros, 11; de *Gutenberg*, calle del Príncipe, 14; de los *Sres. Simón y Compañía*, calle de las Infantas, 18; de *D. Hermenegildo Valeriano*, calle de San Martín, 2; de los *Sres. Escribano y Echevarría*, Plaza del Ángel, 12; y de *González é hijos*, Puerta del Sol, 9.

PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de la ADMINISTRACIÓN.

EXTRANJERO.

FRANCIA: Librería española de *E. Denné*, 15, rue Monsigni, **PARIS**. PORTUGAL; *D. Juan M. Valle*; Praça de D. Pedro. **LISBOA** y *D. Joaquin Duarte de Mattos Junior*, rua do Bomjardin, **PORTO**. ITALIA.

Pueden también hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta casa editorial, acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.